

La neutralización del Niño Guerrero

Antonio De La Cruz

Director Ejecutivo

16/Jun/2026

Durante años, Venezuela fue descrita como una crisis política, una tragedia económica o un conflicto ideológico. Todas esas etiquetas captaban fragmentos de la realidad, pero ninguna lograba explicarla por completo.

Lo esencial estaba ocurriendo en otro lugar.

Lejos de los discursos oficiales, de las campañas electorales y de las cumbres diplomáticas, el país comenzó a transformarse en silencio. En territorios donde el Estado dejó de ejercer el monopolio de la fuerza, surgió otro tipo de orden. Uno donde organizaciones criminales asumieron funciones propias de un gobierno: cobrar "impuestos", impartir justicia, controlar fronteras y regular la economía cotidiana.

Aquí, en esa Venezuela paralela, se redefinió el poder.

Por eso, la neutralización de Héctor Rusthenford Guerrero Flores, el Niño Guerrero, líder del Tren de Aragua, no es solo la caída de uno de los criminales más notorios de América Latina. Es una señal. Una que apunta a un cambio mucho más profundo: la reconfiguración del poder real en Venezuela.

El Tren de Aragua dejó de ser hace tiempo una banda criminal convencional. Evolucionó hasta convertirse en una estructura transnacional con presencia en múltiples países, capacidad logística sofisticada y control territorial efectivo. Tejió vínculos con redes de contrabando, sicariato, trata de personas, minería ilegal y narcotráfico. En el sur del país, incluso, convivía con grupos armados colombianos, organizaciones brasileñas y actores del circuito ilegal del oro.

Pero lo verdaderamente revelador no es que estas organizaciones existieran.

Es que prosperaran durante tanto tiempo.

Las democracias pueden tolerar corrupción. Pueden sobrevivir a la incompetencia e incluso resistir niveles extremos de polarización. Lo que no pueden sostener indefinidamente es la sustitución progresiva de sus instituciones por redes criminales que operan desde dentro o bajo protección del propio Estado.

Ese fenómeno no es exclusivo de Venezuela. México y Colombia han vivido dinámicas similares. Sin embargo, en Venezuela alcanzó una escala distinta, impulsada por el colapso económico, la migración masiva y la fragmentación territorial.

Por eso, la caída del Niño Guerrero trasciende la seguridad. Es, en esencia, un hecho político.

Los detalles que han emergido son elocuentes. Diversas versiones apuntan a que la operación dependió en gran medida de inteligencia estadounidense, tecnología de vigilancia avanzada y capacidades militares externas. Más aún, el propio interinato reconoció cooperación con Washington en materia de seguridad.

Hace apenas unos años, algo así habría sido impensable.

Durante más de dos décadas, el discurso oficial construyó su legitimidad sobre la confrontación con Estados Unidos. El "imperialismo" funcionó como eje de cohesión y movilización.

Hoy, ese relato empieza a mutar.

Estados Unidos deja de ser presentado como el enemigo central. Ese lugar lo ocupan ahora las organizaciones criminales que operan dentro del territorio nacional.

Ese cambio importa.

Los regímenes autoritarios se sostienen en narrativas claras: quién amenaza y quién protege. Cuando esas narrativas se transforman, es porque el equilibrio de poder también lo está haciendo.

En ese contexto, la reacción de Mario Silva resulta especialmente reveladora.

En su intervención denunció que la cooperación con Estados Unidos vulnera la soberanía nacional, advirtió sobre la presencia de fuerzas extranjeras y expresó preocupación por una supuesta pérdida de independencia.

Puede leerse como una defensa ideológica clásica.

Pero también como algo más.

Las élites rara vez expresan sus temores de forma directa. A menudo los disfrazan de doctrina. Y lo que emerge de ese discurso es una inquietud más profunda: la redefinición del concepto mismo de soberanía.

Porque la pregunta ya no es quién controla formalmente el Estado.

La pregunta es quién garantiza, en la práctica, la seguridad, la estabilidad y el funcionamiento del territorio.

La historia muestra que estas transiciones rara vez son limpias. Alemania Occidental tras 1945, Japón después de la guerra o Europa del Este tras el colapso soviético iniciaron sus procesos de reconstrucción bajo esquemas de supervisión externa que, en otras circunstancias, habrían sido inaceptables.

No era una renuncia total a la soberanía.

Era una forma de reconstruirla.

Venezuela podría estar entrando en una etapa comparable, aunque bajo condiciones propias.

Las señales comienzan a alinearse: cooperación en seguridad, reapertura diplomática, acuerdos energéticos con empresas occidentales, licencias en el sector petrolero y gasífero, contactos militares, y una presencia internacional creciente en espacios antes cerrados.

Aisladas, estas señales pueden parecer anecdóticas.

Juntas, dibujan un patrón.

Un patrón donde la prioridad ya no es la competencia política tradicional, sino la estabilización del territorio y la contención de actores criminales capaces de desafiar al Estado.

En ese marco, la neutralización del Niño Guerrero no es el final de una historia.

Es el inicio de otra.

Las organizaciones criminales lo saben. También los funcionarios que han convivido con ellas, las redes económicas que se beneficiaron de su existencia y los actores regionales que interactuaron con esos grupos.

El mensaje es claro: las zonas grises que durante años parecieron toleradas están dejando de serlo.

Nada de esto resuelve, por sí solo, los problemas estructurales del país. Las instituciones siguen siendo frágiles, la economía enfrenta enormes desafíos y la reconstrucción política está lejos de completarse.

Pero los grandes cambios rara vez comienzan con eventos espectaculares.

Empiezan con señales.

La caída del Muro de Berlín no comenzó con la reunificación alemana. Comenzó cuando la gente dejó de creer que el muro era permanente.

Algo similar podría estar ocurriendo en Venezuela.

La muerte del Niño Guerrero no solo altera el mapa criminal. Puede marcar el momento en que parte del sistema reconoce que las reglas de los últimos veinte años ya no bastan para sostener el futuro.

Y cuando un régimen empieza a admitir —aunque sea de forma indirecta— que necesita apoyo externo para recuperar el control de su propio territorio, la discusión deja de ser ideológica.

Pasa a ser, sin filtros, sobre supervivencia, reconstrucción y poder real.

Esa es la verdadera noticia.